

# Avances de la Cruz

## Batalla de las Navas de Tolosa

El 16 de julio celebran la iglesia y la Patria dos conmemoraciones: la Virgen del Carmen y el Triunfo de la Santa Cruz. Esta última instituída en perenne recuerdo de la celeberrima batalla de las Navas de Tolosa. La muerte de su hijo dá a Alfonso VIII de Castilla renovados bríos al servicio de la reconquista y decide una cruzada, para la que pide aunencia y protección espiritual a Inocencio III. Hácense en Roma rogativas a la Santa Cruz para su triunfo contra los infieles. Unense a Alfonso los reyes Pedro II de Aragón —padre de Jaime, El Conquistador— y Sancho el Fuerte de Navarra; a más, un ejército francés que, tras la toma de Calatrava y disconforme con el castellano Rey por la clemencia que usó con los vencidos, retirese de la Cruzada.

Ansioso de vengar la pérdida de Calatrava, hállase en Navas el emperador Mohamed Ben Insuf, llamado por los cristianos «rey verde» por el color de sus vestidos. Cuenta éste con medio millón de hombres, el mayor ejército visto en cinco siglos, y el 14 de julio de 1212 anuncia a su corte que tiene ya sitiados a los tres reyes cristianos y el día siguiente serán sus prisioneros. Entre sus tres ejércitos, la Cruz cuenta con 130.000 soldados. El día 15 de Julio, Mohamed trata de presentar batalla, que se rehusa por ser fiesta dominical. Preparan los prelados espiritualmente a los guerreros para el combate, aceptado el día 16. Es designado ordenador de los ejércitos y en cierto modo director de la batalla un esclarecido prócer catalán, don Dalmau de Crexell, ampurdanés. A la amanecida, salen en vanguardia don Diego López de Haro, seguido de los Caballeros Templarios y los de San Juan, con 20.000 hombres, atajándole el paso 160 000 sarracenos y vese en apuro. Alfonso VIII nota aquella situación comprometida y dice a su cronista el Arzobispo de Toledo, don Ruy Jiménez.

—Arzobispo, yo e vos aquí muramos.

—Pues vayamos presto e acorramos a los de la primera haz, que están en grande apuramiento— responde

Y el gran rey castellano, sin mirar si le siguen o no, métese entre las filas adversarias repartiendo mandobles a diestro y siniestro, hasta llegar casi a la tienda de Mohamed. El caudillo árabe Abu Said manda avanzar, pero su gente retrocede, llegando los cristianos

alrededor de la tienda del rey moro, muy guarnecida por 10 000 etíopes y protegido el recinto por fuertes cadenas de hierro. Los contornos son charco y lodazal rojos de sangre vertida, sembrados de cadáveres moros, turbantes, gumias, alfanges, cimitarras. Casi imposible el asalto, surge de pronto elevándose en el centro de los etíopes, enhiesto, radiante, ondeando gentil, el pendón de Castilla. Tremolalo heroicamente el bravo caballero don Alvar Núñez de Lara, que al grito «¡Las cadenas que no se pueden romper se pueden saltar!», hízolo con su corcel, encontrándose con Sancho de Navarra en persona, que ha saltado antes por el lado opuesto sin ser visto. Este, no solo salta, sino que rompe las férrreas cadenas, — desde entonces blasón del escudo navarro—, y que en la España «una» se incorporaron también al nacional.

Los dos héroes, luchan bravos contra los etíopes y hacen espantosa mortalidad en ellos, sosteniéndose, valerosos hasta que sus ejércitos pueden asaltar el recinto. Mohamed logra huir vergonzosamente a uña de caballo y cuentan que no paró hasta llegar a Jaen... Naturalmente, sin llevar «prisioneros» a sus tres enemigos, como había anunciado.

Según sus propios historiadores, los moros tuvieron en esta memorable batalla 200 000 muertos, mientras los cristianos, —según el arzobispo cronista— solamente 25. El historiador Latuente cree que debió de omitirse algún guarismo, pero en carta que Alfonso VIII escribió al Papa Inocencio III, declara que los cristianos muertos fueron «veinticinco o treinta». Parece ser, no obstante, que entre éstos y los fallecidos luego a causa de heridas, llegaron a unos 150. Descomunal proporción entre los de uno y otro campo, que realmente como milagro puede calificarse.

Los presuntos cautivos del «rey verde» cubriéronse de gloria y diéronla también, inmarcesible, a España y a la Cruz de Cristo, que ostentaban los gallardos estandartes castellanos, navarros y catalano-aragoneses.

Sin la Cruz, España no ha sido, ni es, ni será nunca nada en la Historia. Con la Cruz ha sido, es y será siempre grande y triunfadora; admirada, respetada y temida; descubridora y conquistadora de mundos; madre y educadora de pueblos; creadora de civilizaciones; inmortal; eterna.